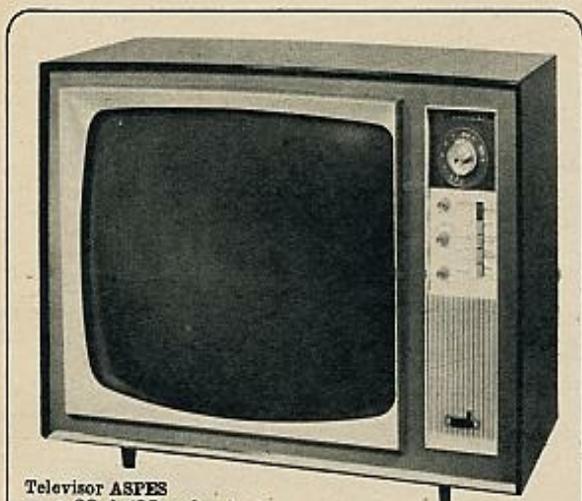


Aquí le presentamos una máquina



Televisor ASPES
mod. 23 A (23 pulgadas)



Televisor ASPES
mod. 19 A (19 pulgadas)

La pantalla es negra. Un televisor de pantalla negra significa para su dueño descanso visual completo... Está, además, concebido para obtener siempre una imagen regularmente luminosa. En el teclado de mandos, indica UHF. Y en el interior hay un espacio y conexiones a punto para incorporar inmediatamente el sintonizador UHF (Ultra High Frecuency).

Es un televisor diseñado para poder recibir el segundo Programa de T.V.E.

Es una máquina ASPES para complacerle

MODELOS	PRECIO (incluido impuestos)
19A (19 pulgadas)	16.985 pts.
23A (23 pulgadas)	20.915 pts.

aspes viene a servir el "plan máquinas para el hogar" que hoy tiene cada pareja. En su "plan" haga cuentas con aspes



FUNCIONA EN SU HOGAR

EL LU.

L Papa quiere reformar la Iglesia. Y cuando algunos se escandalizan farisáicamente de las críticas hechas por algunos Padres conciliares, olvidan que ha sido el mismo Pablo VI quien, a pesar de su medido léxico, ha propuesto públicamente la reforma de las costumbres y del lenguaje de la Iglesia.

Los pomposos títulos con que es venerado el que manda, han de ser proscritos de una vez, porque no tienen ya ninguna razón de ser: Sumo Pontífice, Beatísimo Padre, Excelentísimo y Reverendísimo Señor, humilde y respetuosamente beso su pastoral anillo, son algunos botones de muestra que piden reforma radical.

Nada digamos de las costumbres episcopales que no son, a veces, sino recuerdo de las funciones de los gobernadores del Imperio romano (de los llamados **prefectos**), y que desde la era de Constantino se fueron introduciendo en la Iglesia.

La misma Liturgia se resiente de esa carga de vestiduras, ceremonias y ritos, de origen pagano en buena parte, según los especialistas, que sólo sirven para hacerla incomprensible a los hombres y mujeres de hoy, dándole no sé qué sentido misterioso que nada tiene que ver con el origen de tales simbolismos, pues al principio fueron de un significado totalmente transparente y claro para el sencillo pueblo, que los seleccionó de lo que entonces era costumbre popular.

Desgraciadamente, el impacto que produce todo este arcaísmo sin sentido es contraproducente. La gente de hoy no ve tras ello sino riqueza, poder y afán de distanciamiento en el clero alto.

Los gastos enormes que se producen con motivo de ciertas ceremonias eclesísticas, la profusión lujosa de donativos semisupersticiosos para adorno humano de imágenes, el tenor de vida exterior de algunos jerarcas de la Iglesia, producen verdadero escándalo en el pueblo del mundo entero, y no sólo en el pueblo de los ignorantes, sino también en el de los que discurren y piensan, comparando el Evangelio con ese tren de vida, y no viendo la manera de coherarlo.

El Papa pide ayuda a los obispos para que le digan éstos «cómo deben los pastores y los fieles», en la Iglesia, «adaptar hoy el lenguaje y la conducta a la pobreza». En una palabra, la Iglesia de Cristo debe hacerse pobre, y el Papa Pablo VI confiesa en su encíclica «Ecclesiam Suam» que hoy no lo es a los ojos del mundo.

Dice el Pontífice al episcopado que hay que «fundar más nuestra confianza sobre la ayuda de Dios, y sobre los bienes del espíritu, que sobre los medios temporales». La Iglesia no debe esperar casi todo de su poder humano, llámese dinero, fuerza temporal, lujo o aristocrático distanciamiento del mundo, de ese mundo sencillo y acongojado que hoy gime angustiado por los problemas que tiene pidiéndole no oro ni plata, sino palabras de vida. Quiere un lenguaje que esté hecho de «la palabra de la verdad y del ejemplo de la sinceridad» (Beato Duns Escoto). Sin ejemplo no hay testimonio, ni enseñanza que podamos comprender los hombres de hoy.

No olvidemos que «la raíz de todos los males es la avaricia» (San Pablo), y este virus también puede entrar en la Iglesia de Dios, no para destruirla completamente, porque es indefectible, pero sí para mancharla y emborronarla, haciéndola difícil espejo de la sencillez de su Maestro.

El Papa ha sido valiente, porque ha escuchado probablemente en sus frecuentes velas nocturnas de hombre preocupado e intravertido la voz de un predecesor suyo de hace muchos años, el Papa León IX, cuando duramente decía: «El que silencia o allenta el vicio, debe parecer de igual muerte que el pecador mismo».

Y no se diga que es peligroso hablar de esta realidad, pues es grande el daño que hace en las almas sencillas por ser un perpetuo escándalo contra la Iglesia, y en estos casos, es norma la más tradicional que «la verdad nunca debe abandonarse» (Santo Tomás).

Todos los antiguos Padres de la Iglesia de los diez primeros siglos fueron animosos para preferir el bien de los espíritus al pretendido bien del culto divino. Fue San Juan Crisóstomo, y no un demagogo, quien dijo: «No adornes las iglesias si es para desdeñar a tu hermano en la aflicción: porque este templo es más augusto que aquél». Y, ¿no es verdad que hoy el 75 por ciento de la Humanidad pasa hambre, y el 65 por ciento tiene un nivel vital infra-biológico?

Yo, sejar, me acuerdo siempre de otra afirmación de ese gran santo y obispo de Constantinopla: «No dejéis a los sacerdotes solamente la solicitud por la Iglesia». Todos los fieles, cada uno en nuestro nivel, tenemos que ocuparnos de sus males, y crear una opinión pública dentro de ella, para que se puedan remediar. Y si no lo hacemos, la culpa será (como señaló Pío XII en 1950 a los periodistas de todo el mundo) tanto de los seglares como de los obispos; los unos porque somos demasiado cómodos, y los otros, si se niegan a ello contra el deseo pontificio, quizá porque no sufren que se hable de la triste realidad que ellos no viven al haberse separado demasiado del pueblo.

«Tengamos una actitud sencilla y humilde, a ejemplo de Juan XXIII, y sepamos admitir las críticas», es el consejo que dio a sus colegas en

LO EN LA IGLESIA

el Concilio el obispo monseñor Proano, y todos los verdaderos pastores han de recibir con espíritu de colaboración y modestia cristiana esas aportaciones seculares a la crítica constructiva de la Iglesia.

La primera de las cosas que hay que reformar en el mundo eclesial es «la vida individual». Es preciso que el obispo aporte innovaciones en su vida personal, y que se presente exteriormente como un testigo de Cristo, y, por consiguiente, que viva en la pobreza, y se mezcle en la vida concreta de sus fieles y de los incrédulos» (monseñor Maziers).

Morris West, el novelista anglosajón, ha acertado a describir algo que Pablo VI ha iniciado, dando un primer paso con sus viajes: un Papa mezclado entre la gente, como un ciudadano más del mundo que sufre, pasa hambre y tiene miedo al futuro. Hasta llegar a ser, como sería deseable, un Papa que coja el autobús, y tenga amigos entre los hombres de la calle.

No es ningún obispo extranjero, sino español, quien ha dicho: «Hay demasiadas categorías en las parroquias y entre los sacerdotes: unos ricos y otros pobres». En una Iglesia que es comunidad de amor, ¿cómo puede concebirse que haya en una misma diócesis parroquias que casi carecen de lo más necesario, y otras que nadan en la abundancia económica? ¿O clérigos que llevan un elevado nivel de vida, y otros, como yo he conocido, que no pueden comprarse prendas interiores, porque no les llegan sus ingresos a mantenerse él y su anciana madre? Y esto, como decía el mismo obispo que cito, «escandaliza a los fieles».

No sólo es un automóvil excesivamente lujoso lo que llama la atención en un eclesial, sino, en general, toda la pompa de que lo rodea el actual ritual, y las costumbres de la Iglesia, así como los abusos que desgraciadamente se producen algunas veces.

¿Es comprensible que todo lo que lleva anejo una ceremonia de consagración episcopal pueda costar a veces 200.000 pesetas?

Y los abusos de algunas Iglesias, que describe Berlanga en su película «El Verdugo», y que parece caricatura, pero que a mí me ocurrió, como padrino de una boda, hace siete años. Después de pasar una escena muy parecida a la que se describe en la cinta citada, me cobraron 500 pesetas por el más modesto y extra-rápido casamiento.

O el lujo anticristiano que supone el exceso de sacerdotes en algunas diócesis, cuando hay otras que apenas tienen clero, no sólo en extraños países, sino incluso en el mundo de habla española. Todo lo que se ha hecho hasta ahora es muy meritorio, pero no tiene la envergadura que requiere el problema.

Yo sé de un sacerdote que con motivo de una boda, que cobró muy por encima de los aranceles, su obispo le obligó a restituir el dinero mal obtenido; pero, desgraciadamente, esto no siempre se sabe, ni se entera uno, para poderlo remediar denunciándolo oportunamente.

Y nada digamos de otros abusos que cometen ciertas asociaciones piadosas, las cuales tienen abundante dinero, y siguen recogiendo, cuando hay necesidades de caridad concretas que son primero que las de devoción. El padre Bede Jarret, O. P., llega a decir que esto sería «quitar a los demás» lo que les es debido; en una palabra, un robo.

Gracias a que hoy se está empezando en la Iglesia una verdadera corriente de austeridad y desprendimiento, suprimiendo aranceles, clases lujosas en los sacramentos y colectas, como ya ocurre en algunas Iglesias.

UN proceso histórico de siglos ha establecido en el clero una serie de ornamentos y ceremonias lujosas e incomprensibles que hoy habría que hacer desaparecer valientemente. Su introducción, unas veces, fue legítima, y otras, errónea, pero el mantenimiento no tiene ya ningún sentido.

Hasta el siglo III no empezó el lujo ni el distanciamiento del pueblo. Clérigos y obispos vestían igual que todo el mundo, y un Papa, Celestino I, decía que «los obispos deben distinguirse del pueblo por la doctrina, y no por los vestidos». Incluso en siglos posteriores no se exigía en Roma, la cabeza de la cristiandad, vestidos especiales para la consagración de obispos.

El alba era la prenda interior de los pudientes; la casulla, el abrigo de viaje, que luego se convirtió en prenda de lujo y de moda; la dalmática que llevaban algunos obispos era una segunda túnica propia de los hombres de dinero, lo mismo que los guantes. Y la mitra fue un sustitutivo de la diadema imperial, porque falsamente creyeron los Papas que Constantino les había cedido el gobierno de Roma, y eran soberanos imperiales por derecho propio. Los ornamentos de seda, damasco y terciopelo, introducidos en el siglo XII, estaban hechos, para escarnio de la historia de la Iglesia, «con motivos decorativos que se relacionaban con los mitos orientales, ya que los tejidos con motivos cristianos nunca se extendieron mucho» (Abbé Rabotin). Y nada digno de las capas magnas, pectorales con piedras preciosas, grandes ceremonias vaticanas, silla gestatoria, etc., etc...

Por eso no es extraño que en la Edad Media comience ya el anticler-

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

calismo de los más fieles católicos, como Dante y Petrarca, ante los abusos que ven en ella. Cuando Dante escribía la Divina Comedia poniendo en el infierno al Papa Bonifacio VIII, no hacía sino mostrar —como dice el teólogo P. Simón— que «en la Edad Media era posible la crítica de la persona y de las disposiciones del Papa», incluso del que entonces gobernaba la Iglesia.

Este mismo poeta católico fue el que atacó los abusos y defectos de los monjes, y el otro gran poeta italiano, Petrarca, se indignaba públicamente al contemplar los excesos de los Papas de Aviñón y de su corte. Y no digamos nada de los santos, como Santa Catalina de Siena, Santa Brígida o San Antonio de Padua, cuyas duras frases contra los vicios o excesos del clero, en escritos y sermones, eran comentadas corrientemente por el «oscuro» pueblo medieval, ejerciendo así una saludable «corrección fraterna».

Un sacerdote santo, Antonio Rosmini, perseguido muchas veces por la Curia, pero vindicado en privado por algunos Papas, señaló en el siglo pasado que una de las cinco plagas de la Iglesia de su tiempo fueron «los bienes eclesialísticos que ya no se emplean para fines caritativos, como correspondería a su destino». Y dice el P. Simón: «Es humano el que los responsables de los bienes eclesialísticos pierdan la exacta visión de la función de éstos en la Iglesia, y que, por motivos de conciencia, defiendan los intereses terrenos de un modo que le caería mejor a un propietario particular». Generalmente, con estas donaciones que se hicieron a la Iglesia, se convierte ésta en simple administradora de los mismos, olvidando el deseo fundamental de los donantes, que no es su conservación ni su rendimiento económico, sino ser fruto para el cielo; y, ¿qué mejor fruto eterno que darlos a los que no tienen?

El gran profesor de Salamanca Domingo de Soto, O. P., interpretando y desarrollando el pensamiento de Vitoria, llegó a afirmar que cuando hubiera «abusos manifiestos» las personas eclesialísticas «no están totalmente exentas de las leyes civiles», y los gobernantes pueden oponerse a tales excesos, por derecho de legítima defensa de la nación, siempre y cuando, después de acudir al Papa, éste no hubiera atendido la justa petición de los gobernantes en nombre del bien del pueblo. No creamos que nuestros clásicos eran conformistas, o poco valientes, a pesar de la fuerza que tenía entonces el alto clero, sino todo lo contrario. Y ése es el ejemplo que debemos seguir todos nosotros.

La desamortización de los bienes eclesialísticos, que hizo el Gobierno en el siglo pasado en España, debía ser estudiada a la luz de estos principios; y, entonces, se vería que si se hubiera apropiado la nación de esas riquezas, para bien del pueblo, dándole un desarrollo económico, no hubiera habido nada que objetar, siempre que se hubieran agotado todos los trámites previos cerca del Papa. Lo malo fue que cayeron en peores manos de las que estaban, y no se cumplió el fin debido con estos bienes.

DEBEMOS hacemos eco de monseñor Florit cuando exponía al Concilio: «Propongo que se reglamente el uso de insignias, ornamentos y títulos», porque la verdadera función del obispo no es mandar, al estilo humano, sino servir a los hombres. ¿Por qué suprimirlos?, decía el obispo; porque «la utilización que hacemos de cierto aparato tradicional es un obstáculo al ministerio pastoral y a la acción evangélica». Y no se diga que estas costumbres son necesarias para que el pueblo comprenda la importancia de la función, porque «puede ser que este fasto pudiese parecer necesario en la época en que los obispos eran también príncipes temporales: pero esto ya no corresponde ni a las costumbres públicas, ni a los deseos de este Concilio».

Es necesario que el obispo recuerde que no es un antiguo gobernador del Imperio romano: «no es un prefecto, sino un padre y un pastor» (monseñor Guerry).

No se pide que, en un «golpe de teatro» —como dijo un obispo argentino—, desaparezcan todos los ornamentos, sino que se prescindan con naturalidad de los que son demasiado costosos y que no tienen sentido útil para los hombres de hoy; sin aferrarse, por pura rutina, a unos símbolos que ya no tienen significado alguno aleccionador, sino todo lo contrario.

Que medite el clero aquella terrible frase de San Jerónimo: «Leyendo los manuscritos, no he encontrado a nadie que haya desgarrado la Iglesia, y arrastrado a los pueblos lejos de la casa del Señor, sino a algunos que él mismo ha constituido en sacerdotes» (Comentario al profeta Oseas).

Entonces, y sólo entonces, dará el clero el ejemplo y la ayuda que hoy necesita el mundo, y que muchos están dispuestos, sin duda, a dar. Yo sólo soy una voz, entre muchas, que quiero animarle a ello.